



**MEDITACIÓN ANTE LA SAGRADA IMAGEN DE
NUESTRO PADRE JESÚS DE LA PASIÓN:**

**“PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN,...
FE, CARIDAD Y ESPERANZA”**

Luis Rubio Pavo

Sevilla, 2 de abril de 2022
Capilla Sacramental de la Iglesia Colegial del Divino Salvador

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

*Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles
Y enciende en ellos el fuego de tu amor*

Haz que te amemos con toda el alma,
y ayúdanos a encontrarte cuando las dudas asoman, cuando tenemos miedo y
sufrimos, porque verdaderamente sabemos
que siempre nos acompañas a cualquier sitio a donde vamos

Envía tu Espíritu y serán creadas todas las cosas

Entréganos el Rocío de tus gracias

Fortalece nuestra fe

Afirma nuestra Esperanza en ti, Dios uno y trino

Y renovarás la faz de la tierra

Porque tú, mi Divino Salvador, aceptas tu Pasión por nuestra Salvación

Señor, ante ti me encuentro. Con la inocencia del primer día y con la confianza de que me escuchas. Vengo a tu bendita presencia una vez más. Hoy bien arropado por mis hermanos, que me han pedido que me dirija a Ti para meditar sobre tu Pasión, Muerte y Resurrección. Acepté el reto, a pesar de mi inexperiencia y mis dudas, por amor a ti. Porque tú eres el faro de mi vida.

Las palmas de mis manos están unidas para rogarte y abiertas para servirte. Señor, ilumina mis palabras. Deshaz el nudo de mi garganta y hazme instrumento tuyo, que se haga tu voluntad y, desde mis labios, como mis antecesores hicieron, transmite a mis hermanos el anuncio de tu infinito amor.

Creo en ti, Señor.

Te amo sobre todas las cosas.

Ayúdame a amarte aún más cuando la incertidumbre asoma,

Ayúdame a encontrarte cuando me pregunto dónde estás, porque dejo de sentirte cerca

Ayúdame Señor, a entregarme totalmente a tu voluntad

Ayúdame a quererte, sin cortapisas, sin límites, y de corazón, como tú nos amas a nosotros, que podemos fallarte no una ni dos sino hasta setenta veces siete y seguiremos contando con tu perdón

Ayúdame a verte en el prójimo, el que es feliz, pero también en el que sufre y pide ayuda, porque tú nos enseñaste que debemos amarlo como a uno mismo.

"Pon tu camino en las manos del Señor; confía en él, y él se encargará de todo"
(Salmos 37, 5)

Querido José Luis, Hermano Mayor, Junta de Gobierno y Hermanos de la Archicofradía del Santísimo Sacramento y Pontificia y Real de nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Pasión y Nuestra Madre y Señora de la Merced. Queridos familiares, amigos y cofrades que nos damos cita hoy.

Gracias a todos por acompañarme en este encuentro con nuestro Padre Jesús de la Pasión, soberano Padre del que lo invoca y acude a su llamada.

El hilo conductor que relaciona mis vivencias en la Hermandad es el Señor de Pasión. A Él he venido aprovechando la soledad que en algunos casos me brinda su capilla, a pedirle, a rogarle y recientemente a pedirle a mi novia que juntos formemos una familia cristiana. Y a veces, aunque menos de lo que debería, a agradecerle su ayuda, que es sincera, generosa y altruista.

El señor de Pasión ha guiado mi vida en la hermandad durante estos años. Mi vida y la de todos los hermanos de Pasión, pues cada uno de nosotros tenemos una historia particular con la hermandad, un encuentro íntimo con Nuestro Padre Jesús de la Pasión, un camino para llegar a Él. Diferentes perspectivas de una misma realidad, de una misma devoción.

El Señor de Pasión nos llama a estar con él de múltiples formas (*Jn 1,35; Mt 4, 18-22; 9,9-13; Lc 19,1-10...*). A algunos desde su nacimiento, para continuar el hilo marcado por la herencia de devoción de sus predecesores, como alegremente vemos en el precioso acto en el que cada año las familias presentan a sus niños a nuestra madre de la Merced, para que los acoja y los proteja bajo su manto. Cuanta ilusión, cuantos sentimientos, cuantos recuerdos y esperanzas confluyen en ese instante.

En otros casos, como el mío, su llamada nos llega más tarde y por caminos inesperados. Mi Hermandad de Sevilla retornaba a la Colegial, La Madre de Dios volvía a casa, era un gran día, un gran cambio. Y tanto que lo era, pues aún no era consciente de la magnitud del impacto que esa circunstancia iba a provocar en mi vida.

Al llegar al Salvador, te vi por primera vez como nunca antes. En la intimidad de tu capilla, colocado en el centro del más bello marco de plata, junto a tu madre y a tu discípulo amado. Ahí estás, Señor, abrazado a tu cruz, con la imponente belleza de tu sufrimiento y con tu mirada dirigida a Jesús Sacramentado, que se encuentra a tus pies. Me impactaste, me sobrecogiste, me prendiste entre tus manos.

Tras ello, se impartieron los cursos de catequesis de la juventud del Rocío. Ocasión perfecta para cada día acudir a la cita contigo y poco a poco sentir que me ibas llamando, hasta que ya no pude más que decir sí a tu apelación y unirte como hermano de Pasión.

Juré como hermano durante una novena, el último de una enorme lista. No sé si ha sido la vez que más hermanos han jurado en la hermandad el mismo día, pero a mí, desde luego, se me hizo eterno.

Desde que llegué a la hermandad quise estar cerca de Ti, la vocación de servicio al altar me viene de cuna, como bien sabéis los que me conocéis. Acompañarte cómo acólito cada Jueves Santo es siempre mi ilusión. Es una gran satisfacción servir a la hermandad, junto a ti, y además haberlo hecho con tantos y tantos hermanos que con el tiempo se han convertido en amigos, amigos de los de verdad.

Gracias José Luis, mi hermano mayor en todos los sentidos, grande de corazón, grande en conocimientos y en saber estar, gracias por tus consejos, gracias por confiar en mí para un cargo para el que yo no me veía preparado, Diputado de Juventud. Sin embargo, una vez más, el Señor me trazó un recorrido inesperado pero, con la confianza de que Dios siempre te acompaña, dije que sí *(Is 55, 8)*.

Y no puedo estar más agradecido. Son tantos los momentos buenos vividos que no tendría tiempo para contarlos con detalles esta noche. El Cartero Real, las colaboraciones con priestía y caridad, las jornadas culturales con sus visitas, conferencias y conciertos, el equipo de fútbol, las comidas de hermandad...Y todos, absolutamente todos, han sido gracias a la colaboración prestada por ellos, los jóvenes. Porque esta juventud hace honor a la palabra FAMILIA, que es lo que se desprende en cuanto hablas con ellos.

Esta etapa me ha dado grandes amigos, hermanos jóvenes de la hermandad que, con vuestro compromiso, demostráis un verdadero amor a vuestros titulares. Que, con humildad, ayudáis a la hermandad en lo que necesita. Y que, con responsabilidad y valor, algunos empezáis a asumir vuestras primeras responsabilidades de gobierno.

Dijo el Papa Francisco que una Iglesia sin jóvenes, no es Iglesia¹. Permítanme que añada que una hermandad, sin jóvenes, no es hermandad. Y qué orgulloso me siento de la juventud de Pasión, porque contribuís día tras día para hacer aún más grande a nuestra hermandad. Seguid así, porque, con vosotros, la hermandad tiene más que asegurado su futuro.

Gracias a ti, Pablo, por tomar las riendas en momentos complicados para mí. Y ánimo para seguir desarrollando esta bonita labor para la cual sabes que siempre, siempre, me tendrás a tu lado.

Y llegó el día de hoy. La meditación. Me siento muy afortunado. Muchos hermanos me han precedido en este atril y a buena parte de ellos he tenido la suerte de poder escucharlos. Cada uno ha aportado con gran maestría una visión diferente, personal, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Y eso es lo que hoy me toca a mí.

Hermanos, os propongo un itinerario muy simple para esta meditación: las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, y que si me permitís hoy alteraré el orden en el que habitualmente se mencionan, pues la Pasión de Cristo es un camino que refleja, desde mi punto de vista, en primer lugar la Fe, tras ella, la Caridad y, finalmente, la Esperanza.

La **virtud** es la disposición a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. En definitiva, intentar asemejarnos a Dios.

Las virtudes teologales disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Trinidad.

1 299. Queridos jóvenes, seré feliz viéndolos correr más rápido que los lentos y temerosos. Corran «atraídos por ese Rostro tan amado, que adoramos en la Sagrada Eucaristía y reconocemos en la carne del hermano sufriente. El Espíritu Santo los empuje en esta carrera hacia adelante. La Iglesia necesita su entusiasmo, sus intuiciones, su fe. ¡Nos hacen falta! Y cuando lleguen donde nosotros todavía no hemos llegado, tengan paciencia para esperarnos». Exhortación Apostólica post-sinodal del Santo Padre Francisco dedicada a los jóvenes "Christus vivit"

LA FE

Iniciamos nuestro recorrido por la vida de Jesús, por su Pasión, Muerte y Resurrección. Un camino marcado por la **Fe**, en sus diferentes manifestaciones:

La fe de María, que dijo "sí" al Ángel:

"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra"

La fe que iluminó a su prima Isabel:

"¡Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!"

La fe que llevó a los pastores a reconocer al Salvador en "un niño envuelto en pañales acostado en un pesebre".

La fe de los apóstoles que dejaron su vida para seguir su llamada, como Mateo:

"Jesús vio a un hombre, llamado Mateo, sentado en la oficina de los impuestos, y le dijo; Sígueme. Él se levantó y lo siguió"

La fuerza de la fe que predicó a sus apóstoles, a los que les dijo:

"Si tuvierais una fe como un gramo de mostaza y dijerais a esta higuera: Arráncate y trasplántate al mar, ella os obedecería"

La fe de los discípulos que lo seguían, aguardando el anuncio del Reino de Dios:

*"Lo siguieron grandes muchedumbres de Galilea, Decápolis, Jerusalén y de la Transjordania"
¡Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen!*

La fe de los que buscaban a Jesús para que los liberase de sus enfermedades y de sus demonios solo con tocar su túnica:

"Hija, tu fe te ha curado; vete en paz, libre ya de tu enfermedad"

La fe del buen ladrón que en el instante último de su muerte, pidió:

*"Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como Rey.
Y Jesús le contestó: Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso."*

La **fe también del pueblo**, que lo aclamaba con vítores en su entrada en Jerusalén:

*¡Viva el hijo de David!
Bendito el que viene
En nombre del Señor.
¡Viva Dios altísimo!”*

La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado. Por la fe “el hombre se entrega entera y libremente a Dios”, nos invita a confiar en él y obedecer cualquier cosa que nos mande. Y no hay mayor ejemplo de entrega total que la que el mismo Señor nos da.

Y así, Jesús, oraste en Getsemaní: *“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”*.

Cuantas veces Señor, nos acercamos a ti. Para pedirte, rogarte, que nos ayudes. Cuantas veces te pedimos que se haga tu voluntad, a la par que suplicamos que coincida con la nuestra. Ayúdanos Señor a pedirte con verdadera FE, que sepamos que podemos contar contigo, pero sin exigir recompensas. A acércanos con mansedumbre, dispuestos a abrazar y hacer nuestro lo que quieras para nosotros.

A que digamos, con total sinceridad, que se haga tu voluntad, siguiendo tu ejemplo. A entregarnos libremente a ti, a que *“no sea como yo quiero, sino como tú”*.

“Más adelante, Pilato trató de ponerte en libertad, pero los judíos gritaban una y otra vez « ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícalo!». Entonces Pilato no tuvo otra opción que *lavarse las manos y entregarte para que te crucificaran”*

Y Señor, en este momento estás solo. Atrás quedaron los días en los que tantos y tantos te seguían para que les curaras sus enfermedades. Ya se silenciaron los clamores que recibías cuando entraste en Jerusalén. Te encuentras solo, ante el Sanedrín, ante Herodes y Pilato, y en la calle de la Amargura que te llevará hasta el Monte Calvario. Estás sufriendo todo tipo de burlas, desprecios y dolor. Te pedimos para que en los momentos en los que la vida nos presente sufrimientos y penas estés a nuestro lado. Que nos sostengas con tu fuerza y

nos ayudes a seguir. Ayúdanos a ser humildes y amar como tú lo hiciste, de manera desmedida. Porque tú Señor, inocente, vas a morir por nosotros.

Señor, yo creo, pero te pido que aumentes más mi fe, ya que como dice la carta a los Hebreos: *“Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe, y que sabe recompensar a quienes lo buscan”*.

Cada vez está más cerca el momento del sacrificio. Sea nuestra oración testigo de nuestra fe. Rezando, Señor, como tú mismo nos enseñaste:

*Padre nuestro de la Pasión,
hoy queremos ofrecerte esta oración con Esperanza,
estás en el cielo,*

que para nosotros es esta capilla del Salvador,

santificado sea tu Nombre;

Pasión,

venga a nosotros tu Reino;

Un Reino de bondad,
de vida y salvación,
de santidad y de verdad,
y de justicia,

*hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.*

Porque tu voluntad, Señor, es Tu camino de Salvación donde

La oración nos da fuerza

La Palabra nos ilumina

Y la Eucaristía mantiene viva en nosotros la llama de tu Pasión

*Danos hoy
nuestro pan de cada día;*

El pan del Amor de dios que nos hace ver y sentir que somos hermanos

El pan de la fe; que deseamos cosechar en abundancia

El pan de la esperanza; para esperar a pesar de las tribulaciones,

El pan que, siempre sobra cuando se quiere dar al que le falta,
como hace nuestra fundación asistencial día tras día, gracias a la labor de sus voluntarios y al apoyo que recibe de sus hermanos y de tantas instituciones,

*perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos*

a los que nos ofenden;

porque un hombre cargado de odio es débil

Guíanos para imitarte y tomar la cruz del perdón, que es más liviana

Señor, ayúdanos a tener la humildad de reconocer nuestros errores, acercarnos

al hermano al que hemos ofendido y pedirle perdón,

no nos dejes caer en la tentación,

No permitas que nos olvidemos de ti y nos entreguemos a falsos ídolos, ni que

caigamos en la tentación de la vanidad y la soberbia,

Ayúdanos a glorificar siempre tu nombre y cumplir tu voluntad

y líbranos del mal.

Ese mal que se inserta en nuestro corazón y que nos aleja de ti, Señor.

Así, ayúdanos a cumplir tu nuevo mandamiento,

amándonos los unos a los otros como tú nos has amado.

Amén

CARIDAD

Y habiéndole desnudado, le echaron encima una clámide púrpura. Trenzaron una corona de espinas y se la colocaron sobre la cabeza; y una caña en su mano derecha. Y doblando la rodilla, ante él gritaban: ¡Salve, rey de los judíos!

Señor, cargas la pesada cruz de nuestras miserias. Sostienes con tus fuerzas el gran peso de las injusticias y la solidaridad con los más pobres, y avanzas hacia el monte calvario.

Te arrastran, te escupen y te humillan. Permíteme Señor que en mi vida, con tu ayuda, no aumente el peso de tu carga sino que sea tu ayuda al caminar.

Ayúdanos Señor, además, a entender la frase que nos dejó Santa Ángela: "No hay nadie que viva sin cruz, y el que huye de una, encontrará otra mayor". Qué razón tenía Madre Angelita, pues ni siquiera el hijo de Dios huyó de la suya. El mismo que curaba a enfermos o resucitaba a los muertos obedeció hasta el final.

Porque tú mismo nos lo dijiste: *"El que quiera ser mi discípulo, olvídese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por causa mía, la recobrará" (Mt 16, 24-28).*

Permítenos, Señor, llevar con humildad nuestra carga y ser conscientes de que no sólo nosotros tenemos una cruz, sino que cada uno de nuestros hermanos carga con la suya. Guíanos, Señor, para ser cirineos de los demás, y no permitas que, como el pueblo en la calle de la Amargura, seamos impasibles ante el que sufre o incluso agravemos su situación.

Continuas, Señor, tu andar y te tambaleas, pues la cruz que cargas es enorme. Y te caes, una, dos y hasta tres veces, pero siempre, siempre te vuelves a levantar.

"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí. Antes llorad por vuestros hijos"

Y esto es así porque decidiste también tener condición humana, ser el Emmanuel, el "Dios con nosotros". Ese lado tuyo, el que se cae, sufre y siente

dolor, es el que hace nos sintamos más cerca de ti. Pues eres un Dios que cae con nosotros, que sufre con nosotros y que se levanta con nosotros. Porque te encarnaste de María, la Virgen, y te hiciste hombre para salvarnos.

Esa madre con la que te encontraste en el camino y a la que traspasaste el alma, como antes le avanzó Simeón. Y ahí seguía contigo, hasta el último instante de tu muerte. Esa madre que es ejemplo de vida para todo cristiano. Ejemplo de fe y de entrega total, con amor infinito a ti y a todos nosotros.

Señor, cuantas veces nos pides pequeñas cosas, como estar cerca y acompañar a un amigo que está pasando algún problema y cuantas veces no lo ayudamos lo suficiente. Nos pides poco y no te damos nada. Te pido Señor, que nos ayudes a tener más presente aún a María, madre nuestra de la Merced. A hacer nuestro su ejemplo de entrega y a hacernos amigos tuyos, para poner en práctica todo lo que nos has dado a conocer (*Jn 15, 14-15*). Nos invitas a ser tus amigos, amándote desde la libertad, con plena convicción y con un fuerte compromiso. Nos llamas a amarte de una forma sencilla, con una verdadera devoción, que se escape de los muros de la Iglesia y llegue a nuestro día a día con nuestros hermanos, amigos, compañeros de trabajo,...ayúdanos a ser dignos hijos tuyos.

Y Señor, llegas al monte calvario. Se reparten tus vestiduras y te clavan en la cruz, pero tu amor seguía inquebrantable: "*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*".

Ahí Señor, nos enseñas con tu ejemplo, una vez más, a amar al enemigo. Y lo haces con los que te van a ejecutar. Como tú dijiste, Señor, ¿qué mérito tiene amar únicamente a quien nos ama? Cristo nos invita a que recemos todos por todos, y que amemos al prójimo, tanto al que nos hace bien como al que nos ultraja. El Señor nos invita a poner la otra mejilla, a perdonar y a orar por nuestros enemigos (*Mt 5, 46-48*).

El terror que inspira en todos la tortura de la cruz tú lo conviertes en santo instrumento para salvación, altar para el sacrificio definitivo. Porque transformas tu cuerpo en pan de vida y la sangre que derramas por nosotros, en bebida de salvación. Porque te hiciste obediente, hasta una muerte de cruz.

El sol se eclipsó y la oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde. El velo del Templo se rasgó por el medio. Y Jesús, con un grito, exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y diciendo esto, expiró.

.....

¿Hay mayor ejemplo de **caridad**, de entrega, que dar su vida por los demás?

Porque tú mismo ya nos lo dijiste: *“El que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos”.*

Ese es el verdadero sentido de la caridad, no sólo el dar lo que uno tiene, sino darse a sí mismo a los demás. Como hace nuestra fundación asistencial, estando cerca de las familias que pasan por un mal momento, o a través la bonita iniciativa de “Abogados de la Merced”, así como tantas y tantas campañas que se desarrollan a través de esa fundación de la que debemos estar tremendamente orgullosos y por la que debemos trabajar para que siga creciendo más y más.

Ayúdanos a seguir tu ejemplo y acercarnos también al que se aleja de ti, al que se pierde por el camino de la vida, porque todos nos podemos equivocar, pero debemos estar tranquilos, pues Tú, Señor, eres el buen pastor que cuida de sus ovejas, y cuando una de cien se pierde, deja a las otras noventa y nueve y va en su busca sin vacilar, sin dudar (**Mt 18,11-13**).

Igual que proclamaste al pueblo *“Bienaventurados a los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”*, así también siento que tú proclamas:

Bienaventurados los que entregan su vida por los demás, porque ellos obtendrán la vida eterna.

Bienaventurados los que no permanecen impasibles ante el que lo necesita, porque ellos tendrán el favor de Dios.

Bienaventurados los que no dan la espalda a los que piden ayuda, porque Dios velará por ellos

Bienaventurados los que aman a sus hermanos como Tu nos amaste a nosotros, porque ellos encontrarán el amor de Dios

Bienaventurados los que siguen tu ejemplo porque ellos gozaran de la gracia del Espíritu de Dios

Bienaventurados los que ven el rostro de Dios en los necesitados, porque ellos conocerán la verdad.

Bienaventurados los que por medio de la caridad construyen un mundo más justo, porque ellos conocerán el mundo nuevo de Dios

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

ESPERANZA

Y aquí, como sabemos, no acaba todo. Porque tras ser crucificado, muerto y sepultado, resucitaste al tercer día de entre los muertos y con tu muerte, Señor, has vencido a la muerte, y nos has dado la vida eterna. Porque la Pascua de Resurrección es precisamente eso, el paso de la muerte a la vida eterna.

Al final llega la Esperanza, aunque en realidad siempre estuvo presente. No olvidemos lo que, en sueños, el ángel del Señor le dijo a San José:

*“Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús,
porque él salvará a su pueblo de los pecados”*

Y en el punto central de la Esperanza se halla la Santísima Virgen María, que fue elegida entre todas las mujeres para formar en su seno el verdadero Hijo de Dios. Con María la esperanza es completa, se hace firme. Ella nos guía al puerto, salvo y feliz. Y en las horas de lucha, es nuestro consuelo.

Y tenemos Esperanza en ti, Jesús, que nos reconfortas al decir: *“Vengan a mí todos los que estén cansados y agobiados, y yo les daré descanso”*.

Una vez más nos interpelas. Nos dices que ahí estás siempre. Que podemos contar contigo. Qué suerte tenerte con nosotros, Señor porque tú eres nuestra fuerza en los momentos difíciles. Porque tu bondad y tu misericordia nos acompañan todos los días de nuestra vida.

Más adelante, te apareces a los discípulos y le enseñas tu costado y tus llagas: *“La Paz esté con vosotros”*.

El mal ha sido vencido por tu amor, y nos has regalado tu Victoria. Y no hay mayor esperanza que la de que cuando nos toque compartir tu muerte, compartamos también contigo la resurrección, así podamos gozar todos juntos en la casa del Señor.

Y repites, Jesús, *“la Paz esté con vosotros”*. Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros.

Señor, no sólo diste tu vida para liberarnos del pecado y de la muerte, sino también para permanecer en nosotros y nosotros en ti. Nos llamas a una nueva vida. Te insertas con tu espíritu en nuestro corazón en el bautismo, y nos mueves a vivir fiel a tus enseñanzas. A vivir con verdadera fe, esperanza y caridad nuestra vida.

Porque la esperanza de tu resurrección, Señor, la debemos convertir en compromiso para el presente. Porque igual que el Padre te envió, tú nos envías a nosotros.

Dios nos ha hecho libres. Nos dio la vida, pero no para estar quietos. Es necesario vivir. Nos ha dicho que él mismo es el camino, la verdad y la vida. Tenemos el encargo y la responsabilidad de transmitir al mundo entero el mensaje de Dios. A través de las palabras, pero sobre todo de los hechos.

Y es importante que todo lo que hagamos sea verdadero. A que actuemos con el corazón y no por imposición o por costumbre. Que no seamos unos cristianos perezosos o cómodos, sino todo lo contrario. Que estemos activos y pongamos una verdadera fe a nuestras obras. Nunca debemos perder el inconformismo que nos pide el Papa Francisco, que dijo: "No balconeen en la vida, métanse en ella, como Jesús".

Dejemos que Cristo resucitado marque el rumbo de nuestra vida, que nos interpele sobre el bien y el mal, sobre lo verdadero y lo falso, sobre el existir y el morir, porque volverá de nuevo en su gloria para juzgar a vivos y muertos.

ALMA DE CRISTO

Alma de Cristo, santifícame.

Que la antorcha de la fe, luz del Espíritu, ilumine nuestras vidas

Cuerpo de Cristo, sálvame.

Que mis manos sean tus manos para dar amor

Que mi hombro sea tu hombro para cargar con tu sufrimiento

Que mis pies vacilantes sigan el sendero que nos marcas

Que mis ojos sean como los tuyos, que miran con infinito amor

Que mi voz sea tuya para llevar tu mensaje al mundo

Sangre de Cristo, embriégame.

Tú eres nuestra esperanza, nuestra ilusión, y nuestra fuerza

Agua del costado de Cristo, lávame.

*Dame la fe para liberarme del pecado
la grandeza de espíritu para perdonar;
la paciencia para comprender y esperar;
y la voluntad para no caer;*

Pasión de Cristo, confórtame.

Concédenos entender el sacrificio que hiciste por nosotros,

¡Oh, buen Jesús!, óyeme.

Dentro de tus llagas, escóndeme.

*Líbrame del pecado y la tentación
del rencor y del odio,
y de los grilletes de la mentira*

No permitas que me aparte de Ti.

Del maligno enemigo, defiéndeme

No permitas, Señor, que desfallezcamos y que seamos débiles ante el pecado

En la hora de mi muerte, llámame.

Y mándame ir a Ti.

Como a tantos otros que llamaste antes y que siempre recordamos

Para que con tus santos te alabe.

Por los siglos de los siglos.

Amén

Un mensaje tengo que daros antes de terminar, hermanos:

Cristo,

Mesías,

Maestro,

Salvador

Padre,

Creador y Redentor,

Hijo del hombre, unigénito y amado,

Alfa y omega,

Cordero de Dios,

Verbo hecho carne,

Rey de reyes,

Jesús de la Pasión

ESTÁ VIVO

No busquemos entre los muertos al que vive, pues ha resucitado (*Lc 24, 5*).

Deseo que la cálida compañía de Cristo nos mantenga siempre con el corazón alegre, en paz, y dispuesto a ponernos al servicio de nuestros hermanos. Que el amor de Dios empape vuestros corazones y que ese amor que habéis recibido lo transmitáis a los que os rodean. Que al igual que nos arrodillamos ante Jesús Sacramentado, así también nos arrodillemos ante el prójimo.

Si Dios se abajó tanto por nosotros,... ¿por qué no lo hacemos nosotros por él? Debemos hacer nuestras las últimas palabras de Santa Ángela de la Cruz: "No ser, no querer ser, pisotear el yo si posible fuera". Aprendamos a vivir a la manera de Dios y a abrazar el plan que el Señor de Pasión tenga para nosotros, porque sabemos que para quienes aman a Dios, todo sucede para bien.

Sintamos la presencia del Señor en todas partes, porque él dijo:
"Yo estaré con vosotros hasta el final de los tiempos" (Mt 18, 20)

Muchas gracias